



## DE PENDONES (BREVE TRATADO VEXILOLÓGICO)

UNA BANDERA CARECE DE SIGNIFICADO en soledad. No hay banderas solo de uno ni tiene sentido la existencia de una sola bandera para todos. Es preciso que haya alguien con quien afirmarse y alguien ante quien reafirmarse. Las banderas te interpelan. «¿Estás conmigo o estás contra mí?». Declararse neutral sirve para poco, es como decir que pospones tus planes de agresión, y puede que con ello impidas momentáneamente que te agredan, que no es poco. Pero no se puede decir: «No tengo ninguna». En eso las banderas son como las religiones, a las que, por cierto, suelen ir asociadas.

Las banderas son símbolos de símbolos, no necesitan explicaciones, son inmensos monumentos tautológicos, signos moebianos que se explican a sí mismos y que, por tanto, da igual lo que digan. La devoción a la bandera se sitúa entre el engaño cognitivo propio del pensamiento mágico, prelógico, puramente emocional, y el engaño también mágico de la prestidigitación, del ilusionismo, de la falsa taumaturgia. La bandera es el equivalente al capote que agita el torero delante del morlaco. ¿Qué es, sino eso, lo que llevan en alto los abanderados en las batallas? No exhiben la bandera tanto para estimular a los combatientes de su lado, que no la ven, como para estimular la embestida del contrario: todas las banderas son cómplices y su peor derrota es que no haya batalla.

Unos la cosen, la saludan, la besan, la enarbolan; otros la queman, la pisotean, la desgarran, se limpian el culo con ella, se cagan en ella, y no se dan cuenta de que al hacerlo excretan su propia bandera. En la medida en que las banderas cumplen la necesidad de marcar territorio, característica de especies animales asimilables a la nuestra, no son algo muy diferente de una micción o una deposición estratégicamente depositada.

Hay quien teme no existir si no va debidamente señalado, y hace de sí mismo un puzzle de banderas, banderolas, banderines y banderitas: la de la patria, la del club de fútbol, la su pueblo, la de sus quimeras. Como un toro lleno de banderillas, como un santón recubierto de estampas, como un poste lleno de anuncios, como la pared de un solar llena de grafitis. La bandera es el título de propiedad que se clava sobre un cerebro, del mismo modo que se señala una parcela, un pecio, una mina, una cota. Las banderas tienden a ocupar todos los territorios, sobre todo los mentales. Si no estás en el de una, estás en el de otra. No pocas veces te ves obligado a elegir. Y de ahí, también, la tentación a adherirse a cualquiera para que te dejen en paz, pero sobre todo para evitar caer en territorio de nadie, porque en cuestión de banderas eso es un grave pecado. Dudosa manera la de las banderas de proporcionar identidad, cuando para conseguirla necesitas enrasarte con una muchedumbre previamente allanada.

Las banderas viven de los vivos, pero son también unos entes notablemente necrófagos. Se suelen abalanzar sobre los muertos y los cubren como una amante enloquecida, como para evitar que nadie más que ella los toque. Adueñarse de ciertos cadáveres y de su memoria es una de sus obsesiones características. Es un rasgo que adquiere tintes especialmente obscenos si, como ocurre tantas veces, el muerto ha muerto por ella. O eso dicen, porque él nada puede ya alegar.

Las banderas son como el papel atrapamoscas. Los que no se sienten suficientemente atraídos por su aroma y sus colores, y no quedan adheridos en su sustancia viscosa o consiguen desengancharse de ella, son considerados traidores. Un ser sin bandera es un traidor a todas las banderas, y ellas tratarán de hacer de él un paria.

Ir por el mundo sin bandera es ir desnudo, a pelo, supone quedar expuesto a inclemencias sociales que pueden alcanzar una virulencia extrema. Por eso hay quien lleva tres o cuatro en el bolsillo. Las banderas, principio y fin de lo homogéneo, son incompatibles con cualquier forma de heterodoxia. Las banderas son enemigas acérrimas de lo complejo y representan siempre, por definición, la ortodoxia. De ahí que constituyan un dudoso emblema para cualquier revolución medianamente verosímil.

Una bandera va siempre en lo alto, muy por encima de cualquier cabeza humana, no solo para hacerse visible, sino sobre todo para proclamar su ascendencia sobre todo lo que está debajo de ella. Reclutan con facilidad a los que tienen una gran inclinación gregaria que satisfacer, a los que tienen el sentido de la orientación averiado y mortecina la autoestima, aunque en algunos casos no tanto como la ambición. Esos seres necesitados de consuelo en ningún sitio se sienten tan arropados como detrás de una bandera.

También se ha dicho que los canallas, los impostores, los mentirosos gustan de utilizar las banderas a modo de refugio. Y sí, tras cada bandera suele esconderse una inmensa carcajada. Pero a veces, también, la apartas y no hay nadie. O encuentras agazapado tras ella, dándote las buenas noches, al cínico que ayer enarbolaba entusiásticamente la bandera contraria. O al diminuto Mago de Oz subido a un taburete, dando órdenes a tu conciencia a través de un descosido. Y es que, si bien se mira, una bandera también se parece a una cortina.



## LA INDUSTRIA MEMÉTICA

ESTA ES UNA ÉPOCA LOCUAZ, lo que no quiere decir elocuente ni luminosa. La mayor parte de lo que se enuncia es reiteración, las perogrulladas se mezclan con los argumentos, las mentiras con las verdades y lo probado con lo supuesto. Son buenos tiempos para aquellos que suplen la falta de talento con retórica, para los charlatanes, para los que medran gracias a su facundia, para los enredadores, para los cantamañanas. Ha habido épocas en que lo han tenido más difícil o en las que han tenido que conformarse con desarrollar sus habilidades ante un auditorio tasado. Pero este es un periodo histórico en el que las audiencias se han hecho inmensas y están formadas, de una parte por unos que tienen un miedo atroz a callar, porque si lo hacen igual dejan de existir, y de otra por unos a quienes les asusta no tener quien que les diga algo porque también temen que eso los condene a la desaparición. Y así es como el mundo se ha acabado llenando de ruido y los vendedores de bocinas se han llenado los bolsillos a la chita callando.

Nadie duda de que Walter Benjamin tenía razón, pero aunque él ya intuía los pros y los contras de la cuestión, seguramente se sentiría alarmado si viera las dimensiones que ha alcanzado el fenómeno que vislumbró en su celebrísimo ensayo *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, publicado en 1936, donde decía:

Con la creciente expansión de la prensa, una parte cada vez mayor de lectores pasó, por de pronto ocasionalmente, del lado de los que escriben. La cosa empezó al abrirles su buzón la prensa diaria; hoy ocurre que apenas hay un europeo [...] que no haya encontrado alguna vez ocasión de publicar una experiencia laboral, una queja, un reportaje o algo parecido. La distinción entre autor y público está por tanto a punto de perder su carácter sistemático [...]. El lector está siempre dispuesto a pasar a ser un escritor [...], alcanza acceso al estado de autor.

Eso era ya así en los años treinta, y hoy es más verdad que entonces. Ahora a todos se nos brinda la oportunidad de decir la nuestra. Pero algo falla cuando lo que hacemos la mayor parte de las veces es repetir ideas ajenas con resultados cuanto menos anodinos. Da igual lo elevada que sea una idea en origen: una banalidad mil veces repetida no hace una genialidad, pero una genialidad mil veces repetida se convierte invariablemente en una banalidad. Hace tiempo que a las palabras les está pasando como a los antibióticos, que están perdiendo eficacia de tanto usarlas y de usarlas tan mal.

Richard Dawkins parecía haber dado en el clavo cuando tuvo la intuición del meme. Según la idea original, que data de mediados de los años setenta, antes de la era de Internet, «meme» sería el replicador cultural que toma el relevo del replicador genético, el gen, *gene* en inglés. Ese nuevo replicador sería según Dawkins, «una unidad de transmisión cultural, o una unidad de imitación» que utiliza como caldo de cultivo la cultura humana. «Ejemplos de memes —decía Dawkins en *El gen egoísta*— son: tonadas o sones, ideas, consignas, modas en cuanto a vestimenta, formas de fabricar vasijas o de construir arcos», y citaba como ejemplo supremo de meme la idea de Dios: «Dios existe, aun cuando sea en la forma de un meme

con alto valor de supervivencia, o poder contagioso, en el medio ambiente dispuesto por la cultura humana». Dawkins se refería claramente a conceptos culturales que habían resultado exitosos tras muchos siglos de historia y múltiples mutaciones, no a la gracietta que hoy salta de teléfono en teléfono como un piojo para ir a perderse rápidamente en la jungla de las redes sociales. Gracias a Internet, el concepto de meme ha quedado en una me-  
mez. Es una chorrada que se repite, o algo sensato que, a base de repetirse, se convierte en una chorrada. Internet tiende a trivializarlo todo, y lo que ha ocurrido con la idea misma de meme es la prueba fehaciente de ello.

A eso hay que añadir que, igual que ha aparecido una ingeniería genética, también ha aparecido una ingeniería «memética». Una industria, más bien. No lo explica todo, pero confirma lo que apuntaba Benjamín cuando en la obra citada recordaba que el alineamiento creciente de las masas es la otra cara de un mismo suceso, a saber:

El fascismo intenta organizar a las masas recientemente proletarizadas sin tocar las condiciones de la propiedad que dichas masas urgen por suprimir. El fascismo ve su salvación en que las masas lleguen a expresarse (pero que ni por asomo hagan valer sus derechos). Las masas tienen derecho a exigir que se modifiquen las condiciones de la propiedad; el fascismo procura que se expresen precisamente en la conservación de dichas condiciones. En consecuencia, todo desemboca en un esteticismo de la vida política.

Y añadía que:

Todos los esfuerzos por un esteticismo político culminan en un solo punto: la guerra. La guerra, y solo ella, hace posible dar una meta a movimientos de masas de gran escala, conservando a la vez las condiciones heredadas de la propiedad. Así es como se

formula el estado de la cuestión desde la política. Desde la técnica se formula del modo siguiente: solo la guerra hace posible movilizar todos los medios técnicos del tiempo presente, conservando a la vez las condiciones de la propiedad.

Son palabras que fueron dichas en pleno auge de los regímenes fascistas, en los albores de la segunda guerra mundial, y por tanto hay que extrapolarlas con cuidado. Pero si nos resultan tan inquietantes en los tiempos actuales, es por algo. Ya está más que demostrado que la guerra no solo se hace con cañones. Aunque, si hace falta, también.

## EL HOMBRE PERDIDO



TIENE UNA PINTA DE HUÉRFANO que mueve a la compasión. No nos extrañaría descubrir que ha sido criado en una inclusa. Pero nuestra imaginación no tiene por qué ser menos generosa con él que con sus superiores, jerarcas de la milicia que a buen seguro descendían de rancias y bien acreditadas sagas aristocráticas, así que imaginemos que el tipo nació en el seno de una honorable familia de clase media, la más abundante en aquella época según dicen. Conjeturemos que tuvo una madre amorosa que le limpiaba los mocos, lo bañaba, le besaba las nalgas y le hacía pederretas en la barriga cuando era un roro, una madre que le cantaba nanas primero y le leía cuentos más tarde, hasta que a él le empezaron a salirle pelos en los sobacos y en otras partes igual de abundosas en glándulas sudoríparas y se decantó por otro tipo de ficciones. Imaginemos también que

un profesor prusiano, parecido a Emil Jannings antes de conocer a Marlene Dietrich y perder la chaveta, le hizo memorizar los nombres de los reyes y emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico, y que le enseñó algo de geografía física, a hacer cuentas, a dibujar figuras geométricas y un poco de álgebra. Supongamos igualmente que le obligaron a aprenderse de memoria la cartilla de urbanidad y las señales de tráfico. Supongamos, por qué no, que soñó con ser cantante de cabaret en Berlín, violinista en Viena o pintor en Weimar. Supongamos finalmente que un cura católico o un pastor protestante (por allí los hay de unos y otros a partes iguales) le habló del bien y del mal, y le convenció de que estaba dotado de libre albedrío. Y supongamos que él se lo creyó, y atraído por tan sugestiva idea extendió el concepto más allá de lo que dicta la doctrina y la sensatez. Los avisos de Marx, Nietzsche, Freud o Kafka no le llegaron, y si lo hicieron fue debidamente desprestigiados y anatemizados. Así fue como creció convencido de que, si se lo proponía, y si no se cruzaba en su vida una catástrofe, podría conseguir a la muchacha más bella de su pueblo, de tupidas trenzas y grupa no menos prieta, y tener tres hijos, acumular una fortuna razonable y vivir en una hermosa casa rodeada de abetos blancos. No por nada era un ser libre. Llegó a pensar que su voluntad era cuasi omnímoda. Las catástrofes se las prefiguraba como lo que le habían dicho que eran y él mismo intuía en sus pesadillas: hechos raros y extraordinarios, sobrevenidos, que superan la voluntad y la capacidad de resistencia humanas.

No se imaginaba que los cataclismos pudieran adoptar otras formas, que avanzaran a veces con la insidia de un virus, con la lentitud de una enfermedad silenciosa de síntomas equívocos, que tan a menudo se confunden con muestras de vitalidad contenida y se presentan acompa-

ñados de banderas y cánticos triunfales. Y un día empezó a advertir extrañas resistencias que impedían la realización de sus deseos, que malograban sus razonables expectativas de prosperidad. Tuvo que sortear obstáculos que parecían surgir de la nada, que parecían haber estado agazapados entre las generosas promesas que le habían sido hechas, como regalos envenenados dentro de un huevo Kínder, huevos de serpiente depositados en su mente durante su paso por el jardín de la infancia, programados para eclosionar cuando llegara a la madurez.

Y de repente está ahí, vestido de soldado, entre las balas del enemigo y las del pelotón de fusilamiento, sobre esa especie de embarcación tan ridícula como precaria, flotando sobre una inestable masa de agua, su particular laguna Estigia, que está dispuesta a engullírselo en un santiamén si pierde el equilibrio. A él, a su pesada mochila y al insufrible casco que supuestamente protege su cabeza y en el que se cuece su atormentado intelecto. Por eso está tan concentrado. Está filosofando entre las brumas del miedo.

¿Cómo se han llegado a reducir tanto sus posibilidades? Nos acostumbramos a tener siempre delante varias opciones, y de repente tenemos solo una —es decir, en sentido transitivo no tenemos ninguna—. En algún momento damos un paso que no podemos desandar, que conduce a otros pasos igualmente irreversibles que nos llevan ineluctablemente a la fatalidad. No es de extrañar que el hombre del pequeño catamarán se sienta irremediablemente perdido mientras se dirige con militar disciplina a donde le han dicho y se caga en el libre albedrío y en el hijo de puta que se lo sacó de la manga.